

3

VINO Y MUJER RURAL

El vino dejó de “avinagrarse” cuando las mujeres entraron en las bodegas

Maite Díaz Báez

3. Vino y Mujer Rural

EL VINO DEJÓ DE “AVINAGRARSE” CUANDO LAS MUJERES ENTRARON EN LAS BODEGAS

Maite Díaz Báez

Aupadas por su familia o por voluntad propia, la presencia femenina en el sector vitivinícola crece rompiendo el hermetismo que tradicionalmente lo ha caracterizado. Ellas destacan por su alta cualificación académica, profesionalidad, perseverancia y pasión. Se quejan, sin embargo, de tener que demostrar constantemente su valía.

No buscan competir con los hombres, solo quieren que se las valore por el trabajo que desempeñan, por lo que han conseguido y por lo que están dispuestas a emprender. Buscan ser visibles en una sociedad que presume de progreso social, aunque en la clandestinidad continúen vivos los rescoldos de un machismo que no termina de desaparecer.

El relato

Verdella, nombre ficticio, deambula entre el viñedo observando cómo de los sarmientos brotan los racimos. Se les queda mirando y piensa que algún día elaborará un buen vino con todas esas variedades entremezcladas que su padre cultiva desde hace años mientras le enseña a distinguir cada parra, parcela a parcela. Con él ha aprendido a enamorarse de las viñas, una pasión y un saber heredado, primero de su abuela y antes de su bisabuela, las matriarcas de la familia que se encargaban, con sus inconfesables trucos, de transformar la uva en ese manjar aromático que terminaba en festines en el estómago de los hombres. Ellas eran las maestras invisibles. En el pasado, lo habitual era que las mujeres compartieran las labores del campo junto a sus

maridos, incluso lideraran las tareas o heredaran la tierra, pero su nombre rara vez aparecía en los registros oficiales. Salvo contadas excepciones, su trabajo pasaba totalmente desapercibido. Y es que a los ojos de la sociedad patriarcal de hace uno o dos siglos atrás, la actividad femenina en el sector agrario se contemplaba como una prolongación de los quehaceres del hogar. No tenía valía y mucho menos reconocimiento.

Verdella creció entre viticultores recios, amigos de su padre, por lo general de talante discriminatorio. Miraban de reojo cuando ella se acercaba a las puertas de la bodega, un lugar soberano para el género masculino, donde a las mujeres se les tenía prohibida la entrada, sobre todo durante el periodo de menstruación, “no vaya a ser que el vino se acabe pican-do y nos arruine la vendimia de este año” manifestaban convencidos por prejuicios infundados o creados a propósito. El padre, sin embargo, emigrante retornado, tenía apertura de miras y no ponía objeciones a la presencia de su hija en ese refugio donde se criaba y almacenaba la bebida que alimentaba el espíritu consciente de que buena parte de sus habilidades en el campo le fueron transferidas por la línea materna y convencido de que sería ella, la más pequeña de sus dos retoños, la que mostraba mayor interés por el cultivo, quien de mayor, tomaría las riendas de la explotación por la que tanto había luchado junto a su mujer, una emprendedora nata a la que dejaba hacer para que el negocio familiar creciera.

Conociendo las capacidades y soltura de la niña, el patriarcal la empujó a formarse y adquirir la experiencia necesaria para manejárselas sola cuando él ya no estuviera. Y así lo hizo. La muchacha estudió ingeniería agrónoma y, para completar los estudios, se licenció en enología, una disciplina con un creciente número de féminas en las aulas pese a ser una carrera técnica asociada de forma prejuiciosa al ámbito masculino. Estaba lista para incorporarse al mundo profesional, pero no para sentir el rechazo de quienes, por el solo hecho de ser joven y mujer, entendían que su misión debiera ser la de aplicarse a otros menesteres más femeninos porque para aquellos hombres con callos en las manos de trabajar en el campo el conocimiento de una mente femenina adquirido, tras varios años de estudios, nada nuevo podía aportarles.

Ya como enóloga, Verdella, conociendo el percal, se las ingenió para inculcar confianza a esos viticultores añosos a los que debía asesorar, adecuando los métodos y técnicas de cultivo de viñedo para mejorar la calidad de sus vinos, aprovechando que muchos de ellos conocían a su padre y la habían visto crecer. Reconoce ahora que mira atrás y



reflexiona sobre su profesión un “sobreesfuerzo constante” para demostrar su valía superando ciertos obstáculos que sus compañeros de profesión, en ocasiones con currículos menos cualificados, no tenían que afrontar ni soportar. El intrusismo, extendido en esta actividad como en tantas otras, revela cierto desequilibrio en el grado de exigencia que favorece, en cierta medida, más a los hombres para ocupar idéntico puesto: ellas con más títulos, ellos con lo suficiente para entrar. No es en todos los casos, ni mucho menos, pero sí en más de los que deberían ser.

Mientras se iba desencantado con su trabajo de enólogo por cuenta ajena, el viñedo de la finca familiar, sostenido inicialmente por horquetas, se fue reconvirtiendo de la mano del padre con el paso de los años a un sistema de conducción en espaldera sencilla y doble para facilitar el manejo del cultivo, la vendimia, mejorar el rendimiento, conseguir una mayor calidad del vino y permitir la introducción de maquinaria pensando en rentabilizar cada vez más la explotación, pero también en el relevo generacional. Se llevó a cabo en dos fases. Se arrancaba una parte del viñedo mientras se replantaba otra para no quedarse nunca sin producción y

poder seguir trabajando, así hasta completar todo el terreno que ahora ocupa una superficie de 16.000 metros cuadrados donde Verdella combina, tras la reconversión, hasta diez variedades como Listán Negro, Negramoll, Tempranillo, Syrah, Cabernet Sauvignon, Vijariego Negro, Tintillo, Listán Blanco de Canarias, Moscatel y Vijariego Blanco. Pronto espera recuperar la tradicional que lleva su nombre y destaca por su buen comportamiento agronómico.

Hace ya tres años que la ausencia del padre acompaña las jornadas de trabajo de Verdella en la finca. Desde el desnivel donde está situado el terreno, se puede observar prácticamente todo el pueblo. Conforman una especie de terraza a la que se asoma subida a su tractor mientras observa a lo lejos y sostiene el llanto por quien ahora ya no está a su lado. Convertida en gestora de su propia bodega, asegura haber

encontrado su apogeo profesional. Ha sustituido los tintos y blancos a granel, que caracterizaban el patrimonio vinícola familiar y, por extensión, el de Canarias, por embotellados de maceraciones más largas con una tecnología en frío que busca enriquecer los aromas en nariz y boca. Son los vinos que siempre había soñado elaborar con su particular estilo. Comercializa y distribuye por sí misma alejada del ruido mediático de la tecnología y las redes sociales que tanto la abruman. Le funciona el boca a boca. Quien prueba sus vinos, repite. Las ventas caminan y, aunque la plantación y la bodega son pequeñas, le dan para vivir.

“¡Cuánto ha cambiado la viticultura!”, sostiene Verdella. “Hemos pasado de la abundancia a la escasez, de ser el principal recurso económico de una familia a una actividad secundaria de la que cuesta ser autónomo”. Y es que las ven-



vinaletas

dimias de la última década han estado marcadas por una prolongada sequía con mermas de producción de hasta un 25% consecuencia de la debilidad del viñedo y los estragos provocados por las enfermedades fúngicas. Nada que ver con las cosechas de antaño que sobrepasaban incluso el límite del kilo por metro cuadrado impuesto por la normativa. Se cosechaba más porque llovía más y el periodo de frío lo determinaba el calendario, un escenario climatológico de bonanza que se ha vuelto hostil para una agricultura en retroceso pese al deseo de recuperarla de quienes trabajan la tierra. Si responde a un patrón cíclico, como estiman algunos expertos, este año 2025 podría entenderse como el inicio hacia un periodo de lluvias que ojalá sea cierto. La aparente vuelta a la normalidad de las estaciones no ha servido en cualquier caso para aliviar el desánimo que, desde hace tiempo, se ha apoderado del sector, aunque las ventas sean buenas y sostengan la actividad.

¿Por qué continuas enfrascada en tu intención de continuar con la finca y la bodega con la dedicación y el esfuerzo que conlleva? Preguntan muchas veces conocidos y familiares a Verdella: “Porque es mi estilo de vida. Disfruto con lo que hago, quiero continuar y no ver morir lo que mi familia con tanto esfuerzo levantó hace más de cinco décadas”. ¿Su mayor recompensa? Saber que sus vinos gustan. Con esta apreciación se da por satisfecha.

Los datos

De las 262 bodegas controladas por los 11 consejos reguladores del Archipiélago, solo 30 registran mujeres al frente liderando proyectos de enología. En términos porcentuales, la incorporación de esta generación terminada en “a” representa una media de 11,24% frente a un todopoderoso 88,76% de instalaciones a cargo de hombres o por lo menos que figuran como propietarios o gerentes, lo que no significa que en la estructura interna de estas bodegas no exista participación femenina que ocupe además puestos de gran responsabilidad. La presencia crece, pero lo hace poco a poco, sin obviar que todavía las hay que ceden posiciones. De hecho, algunas pioneras, de reconocida trayectoria en el campo de la viticultura en las islas, optan por que sean sus maridos o hijos quienes aparezcan en los registros vitivinícolas por diferentes casuísticas, mientras ellas, aunque visibles y participativas en multitud de eventos donde se promocionan los vinos canarios, prefieren permanecer, oficialmente, en la sombra.

Tenerife, la isla con cinco Denominaciones de Origen Protegida (DOP) vnicas, es la que más bodegueras contabiliza



(9), donde destacan la DOP Tacoronte Acentejo (4) y la DOP Valle de Güímar (3), mientras la DOP Valle de La Orotava y la DOP Abona cuentan con una mujer respectivamente. Le siguen la DOP Gran Canaria (6), la DOP La Palma (4), la DOP La Gomera (4), la DOP Lanzarote (4) y la DOP El Hierro (2). La DOP Ycoden Daute Isora y la DOP Islas Canarias son las dos zonas vitivinícolas que no registran mujeres al frente de bodegas por los motivos aludidos anteriormente.

La mujer bodeguera canaria procede mayoritariamente de familias vinculadas a la viticultura. Sus padres, madres, abuelos o abuelas les han servido de mentores y han sido ellos quienes le han transmitido ese apego por la tierra.

Ellas, por su parte, han sentido el flechazo de la vida en el campo. Por lo general, se incorporan al sector con uno o varios terrenos en propiedad ya cultivados de viñedo y unas instalaciones acondicionadas para elaborar vino, una suerte heredada que facilita tomar el relevo generacional. Y en muchos casos ellas ejercen, además de enólogas, de viticultoras, comerciales, distribuidoras y promotoras de sus vinos. El peaje que pagan ellas por dedicarse a tiempo completo al cuidado del viñedo o a la dirección de una empresa vitivinícola les supone plantearse disyuntivas: la casa, los hijos, la vida personal. Las que no tienen descendientes trabajan con un espíritu de sacrificio diferente al de antaño dejando margen para el tiempo de ocio. Partir de cero, independientemente del género, no es imposible, pero sí costoso por cuestiones varias: el acceso al suelo, la disponibilidad de sistemas de riego, los planes de ordenación del territorio que limitan las construcciones en el ámbito rural y otro sinfín de trabas administrativas a la hora de emprender.

Bajando de las cúpulas directivas, el número de mujeres viticultoras apenas supera el 25%, esto supone, unas 1.872 manos femeninas de un total de casi 8.000 agricultores dedicados al viñedo en las islas. La cuota de ellas sigue siendo baja en comparación con la de ellos que representa el 71% del total del sector del vino, pero también ha aumentado con respecto a décadas atrás cuando la ausencia era la tónica habitual.

En las propias estructuras organizativas de los consejos reguladores de Canarias resulta significativo que los puestos más altos, los de presidente sean ocupados por 11 hombres. Las mujeres (5) aparecen en los cargos de gerencia. En los plenos también suele haber mayoría masculina. Sin embargo, a escala técnica y administrativa, la gestión puede variar en función de cada uno de estos organismos. En algunos, se aprecia mayoría femenina, en otros, mayoría masculina.

El sexto sentido, las desigualdades y exigencias

Las profesionales del sector vitivinícola (viticultoras, enólogas, sumilleres, formadoras y gestoras de proyectos para promocionar los vinos canarios dentro y fuera de las islas) comparten una visión común sobre el modo de trabajar de las mujeres basado en ese sexto sentido que, en general, las caracteriza: una mayor sensibilidad de base biológica que les permite procesar la información de otra manera y percibir detalles muchas veces desapercibidos a los ojos del hombre. Esta cualidad les sirve para radiografiar por ejemplo las necesidades de una bodega. Estudian los cambios

que se le pueden aportar para facilitar las labores de trabajo, mejorar los rendimientos, la calidad de los vinos y posicionar la marca en el mercado para que el negocio funcione. Esa alta capacidad sensitiva interviene además en las elaboraciones logrando resultados distintos, no mejores porque, independientemente de que la mano que elabora un vino sea masculina o femenina, el vino será bueno si se ha hecho bien.

Cuentan esas mismas mujeres que trabajar en la industria vitivinícola, donde se han logrado importantes avances para tener igualdad de oportunidades, acceso a recursos y herramientas que les permitan prosperar, ha sido en ocasiones como transitar descalza por un sendero de rosas llenas de espinas. Hablan de zancadillas, brechas salariales, malas experiencias, envidias y deslices verbales venidos de compañeros masculinos cuando son ellas las que ocupan puestos de dirección prestigiosos, logrados con esfuerzo y dedicación, aunque vistas como trepas desde dentro y fuera del sector. Desigualdades que creían superadas en los tiempos actuales, pero que siguen presentes, aunque mimetizadas con el ambiente. Pese a todo, sus voces no delatan intención alguna de retroceder un ápice. Se muestran inquebrantables y tenaces definiendo una filosofía de vida enfocada a "sumar, arrimar el hombro y remar todos en una sola dirección".

No todas han compartido malas experiencias, las hay que nunca ha encontrado ni obstáculos, ni impedimentos a la hora de ejercer su profesión. Sostienen que la constancia, la honestidad, la seriedad y el compromiso juegan un papel primordial cuando se inicia cualquier trabajo y es una manera también de romper barreras para que se las valore como personas cualificadas y no por una cuestión de género. Apuntan que la educación recibida de los mayores les ha permitido crecer sin complejos ni limitaciones para poder dedicarse profesionalmente a lo que quieren.

Hoy la incorporación de cualquier profesional al sector vitivinícola es más exigente y requiere de una mayor capacitación y especialización. Las dificultades de cualquier iniciativa empresarial son comunes a los dos géneros: Las condiciones del terreno que dificultan la mecanización, la falta de ayudas públicas, el acceso a la financiación, la ausencia de un mercado organizado para dar salida al producto en condiciones rentables, la pasividad ante los fraudes al consumidor, el vacío de investigación (saneamiento de la planta, plagas y enfermedades de la vid, protección y orientación de variedades autóctonas, calidad del agua...) y otras tantas problemáticas complican sobrevivir en este sector que afronta a su vez retos como el cambio climático, la escasez y baja calidad de las aguas, la falta de estrategias de apoyo



al sector, la competencia desleal, la desunión o la educación al consumidor.

Las ayudas

Conscientes de que hacen falta manos para ocuparse del viñedo y evitar su desaparición (8.167 hectáreas en 2023 de las 18.814 hectáreas existentes en 2007, según datos del IS-TAC) a un ritmo de 665 hectáreas de pérdida de cultivo al año, mientras se busca cambiar los datos de ellas en el sector, las políticas de ayudas a través del Plan Estratégico de la Política Agrícola Común de España en Canarias (PEPAC) se afanan por fomentar el relevo generacional y priorizar la incorporación de las mujeres, ¿cómo? puntuando con una nota más alta a las solicitantes a la hora de realizar inversio-

nes en modernización, mejoras en explotaciones agrarias, transformación, comercialización o desarrollo de productos agroalimentarios. Llamémoslo empeño de corrección administrativa por buscar la equiparación en todos los ámbitos, sectores y cargos posibles, aunque el esfuerzo a veces sea en vano porque, a fin de cuentas, estar o no dentro de este sector, siempre se trata de una elección.

Otra herramienta a mano es el Registro de Titularidad Compartida (RETICOM). Todavía desconocida para muchas mujeres, esta figura jurídica —que se gestó con la Ley 35/2011, enfocada a reconocer los derechos de las mujeres en el campo para ser cotitulares del medio de vida familiar, cotizar por su trabajo, así como beneficiarse de ayudas y prestaciones sociales en igualdad de condiciones— no ha terminado de fraguar en Canarias, situada en la retaguardia dentro de las

comunidades españolas donde menor implantación ha tenido. Se le achaca falta de promoción para darla a conocer, excesiva burocracia para darse de alta, cierta ambigüedad entre sus beneficios, además de ausencia de incentivos que contribuyan a impulsarla sin olvidar que su bajo éxito en las islas está directamente relacionado con el pequeño tamaño de las explotaciones. El 81,15% de las existentes se sitúan por debajo de las cinco hectáreas, lo que complica que dos personas se puedan dar de alta en la seguridad social debido a la baja rentabilidad.

El camino por delante

Lograda la incursión de las mujeres en el sector vitivinícola de Canarias, aunque la cima aún quede lejos si el objetivo es aumentar su presencia en las estadísticas, no como meros números sino por su aportación real al desarrollo y la supervivencia de la actividad, el camino que queda por delante está plagado de retos: cambios de sistemas de conducción, de riego y variedades mejor adaptadas a las inclemencias climáticas, mercados que demandan vinos más auténticos con menos intervención que destaquen por su singularidad frente al resto y con la oportunidad de dirigir las producciones locales hacia un turismo interesado en la restauración y la hostelería de calidad, pero también en conocer las explotaciones vinculadas a bodegas.

Inmersos en otro gran momento histórico que requerirá de respuestas ingeniosas para que la viticultura siga siendo parte del entorno natural y cultural del Archipiélago, ellas tendrán que abrir nuevas vías de negocio vinculadas a la viticultura para garantizar su continuidad porque ahora las mujeres también crean y destruyen tendencias, opinan, presionan y cuentan.

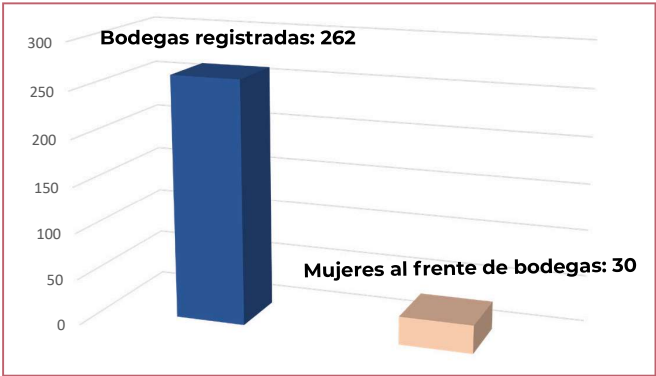
Finalmente deseo agradecer a las enólogas, viticultoras, sumilleres e ingenieras técnicas consultadas que han contribuido al desarrollo de este artículo.

Anexo: Tablas y gráficos

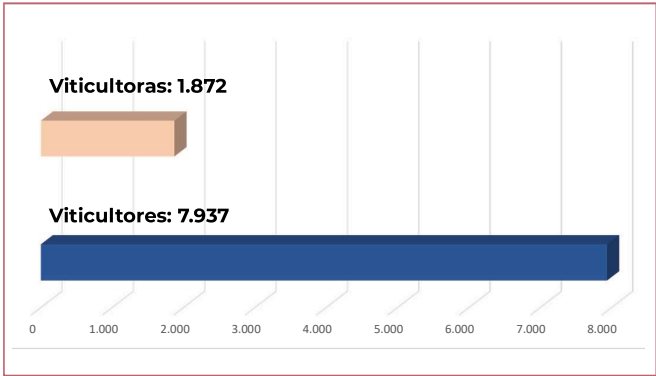
Presencia de mujeres en el sector vitivinícola

CONSEJOS REGULADORES	bodegas re- gistradas	Mujeres al frente de bodegas	Porcentaje	Número total de viticultores	Viticultoras	Porcentaje
DOP VINOS LA PALMA	19	4	21,05%	789	224	28,40%
DOP VINOS LA GOMERA	20	4	20%	234	55	23%
DOP VINOS EL HIERRO	13	2	15,30%	245	59	24%
DOP TACORONTE ACENTEJO	26	4	3,80%	1138	361	31,70%
DOP VALLE DE GÜÍMAR	11	3	27,20%	432	104	24,07%
DOP ABONA	16	1	6,25%	1.467	414	28,20%
DOP VALLE DE LA OROTAVA	17	1	5,80%	382	137	35,86%
DOP YCODEN DAUTE ISORA	8	0	0,00%	333	108	32,40%
DOP GRAN CANARIA	41	6	14,60%	299	51	17%
DOP LANZAROTE	41	4	9,70%	1.862	144,4	7,73%
DOP ISLAS CANARIAS	50	0	0,00%	756	215	28,40%
Total	262	30	Media: 11,24%	7937	1872,4	Media: 25,52%

Mujeres al frente de bodegas en Canarias



Viticultoras registradas por los Consejos Reguladores en 2025



Elaboración Maite Díaz Báez. Asaga Canarias Asaja. Fuente: Consejos Reguladores de Canarias, 2025



**Nadie dijo que
fuera fácil poner
sobre la mesa
lo mejor de
nuestra tierra**

**Para hacerlo
fácil ya estamos
nosotros**

